



GARCILASO

la palabra cultural de **OJO**

Editor Responsable: AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Diagramación: M. ELOY LOPEZ CORDOVA

50



EJ 2

Veinte años de la muerte de José Gálvez

Ahora ante 20 años de la muerte de José Gálvez Barrenechea, rendimos homenaje a su memoria. La combinación literaria que Gálvez alcanzó de la belleza clásica —conocimiento profundo y certero de las grandes corrientes grecolatinas, unido a las amorosas lecturas de Verlaine, de Darío y de Juan Ramón Jiménez— con la manifestación de la cultura peruana, afirmando lo popular en la literatura, dentro de un suave efluvio de prosa sencilla e insinuante o de vaporosa melancolía costea en el verso, representa paralelo matiz, aunque diferente, al estilo de Palma que combina, asimismo, la universalidad de los maestros renacentistas españoles con el rico bagaje de la tradición y el encanto del medio—tono irónico y afluente del alma peruana. Gálvez fue un conversador a media voz, confidencial, que correspondía al mejor sector de su poesía y de su prosa.

Tengo que referirme aquí —y permítese la cita personal— que una de mis ambiciones juveniles fue tal vez el poder continuar una línea literaria que recogiera la obra peruana y a la vez universal de Palma y Gálvez; que tomara las fuentes del espíritu nacional encontrando rasgos que nos identifiquen, pero que a la vez no nos alejen de la medida del hombre en general. Por eso fue especialmente honroso y placentero para mí el recibir de Gálvez no la pluma, pero sí la Cátedra de Literatura Antigua, hace cerca de 40 años, en 1939, y poder continuar la tarea de desentrañar el complejo mundo cultural greco-latino ante la inquieta vigilancia de los estudiantes de Letras. Busqué la persuasión de mi maestro que arrobaba con la interpretación de los poemas homéricos, con el relato maravilloso del viaje de Ulises por el Mediterráneo, con el manantial íntimo de la poesía lírica de Lesbos; y traté de suplirlo con el vivo entusiasmo, con el estudio diario, con la persecución de nuevos y nuevos caminos de literatura universal que permitieran comprender la función humana del arte en todos los tiempos y la proyección única y múltiple de todas las culturas. Y así lo he pretendido más tarde en el estudio de la Literatura Peruana y en el campo de la obra creadora, recogiendo el rico material que viene a nosotros a través de los Gálvez. Con cuanta emoción, pues, aprovecho esta admirable coyuntura para dejar públicamente establecido éste mi ya viejo anhelo y esta meta artística que me persiguió algún tiempo en los inicios de mi tarea de maestro y de realizador literario.

Nacido en Tarma, en 1885, José Gálvez recoge el sentido peruano de la generación del 900 y suaviza, por otra parte, la nota grandilocuente de Chocano. Si sustenta la tesis de orillar, de una vez por todas, la literatura nacional, no descuida la lectura de Verlaine —Jardín Cerrado— y después de su triunfal Canto a la Juventud ostenta graves meditaciones frente a los ocasos, junto a las notas coloristas de su "Caballo de Paso". Es ameno, confidencial. Se diría a veces Palma, a veces Luis Benjamín Cisneros, si no marcara la modernidad de su estilo en la frase corta y en la sutil observación que obedece a la generación novecentista. Gálvez inició su producción poética con la colección de poemas que tituló *Bajo la Luna* y que recogiera su producción de los años 1905 a 1908:

Mi canción era triste y mi voz se alargaba,
mientras mi pobre madre sonreía y lloraba;
Sus lágrimas caían, mi canción era triste,
todo, todo ha pasado, ya nada de eso existe....

Y repite constantemente el tema de la tristeza en "Sólo una vez la ví"; o en:

Calma,
Paz.

En lo lejano
vibra temblando una queja,
que viene, se va, se aleja
con la tristeza de un piano.

La apasionada lectura juvenil de Juan Ramón llevó a Gálvez a la picaresca aventura de escribir cartas a aquélla como si fuera Georgina Hübner —de inventarla propiamente, aunque ella era efectivamente una niña, hermana de un compañero de oficina de Gálvez— a fin de conseguir, mediante un diálogo lírico epistolar, libros y pensamientos del autor predilecto. Epistolario que culmina en la necesidad de eliminar la superchería mediante la supuesta muerte de la amada limeña que lleva a Juan Ramón a componer la sentida manifestación elegíaca que tituló: "Georgina Hübner en el cielo de Lima". Tras esta inspiración juanramoniana estaban Verlaine y los simbolistas franceses presidiendo el tono lírico de Gálvez.

Fue en aquel mismo año de 1908 que Gálvez obtuvo el resonante éxito popular-estudiantil de su *Canción a la Juventud*, que fuera coreada y repetida más tarde como "himno estudiantil americano". Al año siguiente, 1909, Gálvez obtiene el triunfo de los Juegos Florales organizados por la Municipalidad de Lima con sus poemas presentados: "Canto a España", y "Reino Interior". El primero, de aliento épico y con entonación tradicional, ubica a Gálvez dentro de su generación. En el segundo hay fuerza imaginativa y persistencia musical, que recuerda la influencia tan señalada de Juan Ramón Jiménez en los primeros años de su actividad poética. Gálvez continuó luego en *Jardín Cerrado* la nota de tristeza sosegada, de melancólica puesta de sol, donde estará otra vez al lado de Jiménez. Después se irá acentuando el viraje de la poesía de Gálvez hacia los motivos típicamente peruanos, "la procesión", "las acequias", "los bueyes", "la jazminera" y ya con estampas claramente folklóricas como la "marinera", "el caballo de paso" y las "mulizas" tarmañas:

Y tú, paisana, corea
mi apagada melodía
para que en tus labios sea
ilusión y poesía.



Es tal vez "La Jazminera" un poema que exhibe definitivamente su nueva posición de "estampa local", rodeada de cierta dulce entonación, donde el poeta aplica su buen gusto a un tipo de poesía que a pesar de ser "anecdótica", no está lejos de la auténtica vena lírica. Es éste un camino muy seguido en la poesía de comienzos de siglo.

Traía a los hogares la bondad campesina
en su aroma del huerto y en su voz cantarina,
su pregón se alargaba cual romántico alerta,
era como el engarce de la casa y la huerta,
y al llegar con la noche los otros pregoneros,
sus últimos jazmines se volvían luceros....

Y junto con aquél el "Pianito Ambulante" que "con gracia inexperta/ el recuerdo lejano de un vals lento despierta/ como puede una espina recordar una rosa".... Y el descriptivo color de su "Marinera", y el giro de "la cometa" "que por el hilo sube/ sube, sube/ a encaramarse en el pulmón/ maravilloso de una nube....".

Ese mismo espíritu "nacional" unido a la combinación épico-lírica de su *Canto a España*, dentro de una nueva manifestación de la oda pindárica, llevó a Gálvez a componer su *Canto Jubilar a Lima*. Este canto fue recitado por el propio Gálvez en la Velada Oficial del Centenario de Lima, en enero de 1935.

Al lado de su poesía, su prosa se manifiesta primero en una novela corta, titulada *La Boda* que tiene un dejo poético modernista; y luego en las crónicas evocadoras de *Una Lima que se va*, *Estampas limeñas*, *Calles de Lima* y *meses del año*. El mundo limeño del novecientos aparece recogido a través de esas páginas coloristas donde asoman ingenuamente los recuerdos de la niñez mezclados a emocionadas nostalgias de la adolescencia y juventud; personajes, calles, juegos, espectáculos, actividades estudiantiles, culturales, todo se ve reflejado dentro de grandes cuadros en que se muestra Lima como un eje y centro de tradición peruana. Gálvez acompaña el dato y el recuerdo con el efluvio de una prosa sencilla e insinuante. Estas evocaciones del pasado, para las que Gálvez posee una espontánea inclinación, pasaron de los relatos periodísticos de *Una Lima que se va* a las narraciones más artísticamente concebidas que forman sus *Estampas Limeñas* y en las que no hay propiamente un dejo conservador, aunque suspira por el pasado, sino una franca afirmación de nacionalismo y un brochazo de pintor colorista en el que aún perdura la emoción de la poesía impresionista de sus primeros años. Entre las callejas de sus estampas y frente a los patios empedrados de las casonas viejas, musita los suaves cantilenas de sus primeros poemas, como "Serenata", donde la emoción es sólo susurro de tristeza y desvanecimiento del modernismo fuerte y plástico de Chocano. Es un representante del tradicionalismo novecentista. Pero Mariátegui exceptuaba a Gálvez de la clasificación de pasadista conservador y colonialista, con que había bautizado a los otros miembros de su generación. Sostenía que el suyo era un pasadismo integral y romántico; y que palpitaba en el cierto dejo mestizo con la presencia de la raza prehispánica "cuya tradición áurea bien merece un recuerdo y cuyas ruinas imponentes y misteriosas nos subyugan y nos impresionan". Con relación a esto mismo, Mariátegui traía a colación la tesis de Gálvez *Posibilidad sobre una genuina literatura nacional*, que fue otro de los interesantes aportes que ofreció a nuestra actividad literaria, tratando de encontrar un cauce a la inquietud reinante en su época por adoptar una actitud artística.

José Gálvez fue, también, maestro universitario y dirigente cultural de gran arraigo popular. Murió en febrero de 1957; y su entierro constituyó una extraordinaria manifestación de la simpatía popular que lo acompañaba. A.T.V.